

EDUCACIÓN FILOSÓFICA Y DEMOCRÁTICA: UNA PERSPECTIVA HUMANA PARA LA FORMACIÓN DE UN CONTADOR PÚBLICO CIVIL

Natalia Gallón Vargas

Estudiante de Contaduría Pública

Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid

nataliagv@gmail.com

EDUCACIÓN FILOSÓFICA Y DEMOCRÁTICA: UNA PERSPECTIVA HUMANA PARA LA FORMACIÓN DE UN CONTADOR PÚBLICO CIVIL

Resumen

La apatía por el estudio de la filosofía, la política y la democracia en la universidad, y de manera particular en la contabilidad, ha suscitado la tergiversación del ideal de educación como eje rector de cohesión social, desarrollo humano, cultura, identidad colectiva e individual y de participación en la construcción de un proyecto de nación, lo cual permite, que el estudiante de Contaduría Pública se someta a las directrices del orden económico e ignore su participación en la sociedad como un sujeto civil, es decir, como una persona autónoma, crítica y capaz de liderar procesos colectivos que eleven las oportunidades de participación, inclusión y acción de una comunidad, permitiendo mejorar las condiciones de vida. De ahí que, se plantea la necesidad de una educación contable que involucre la filosofía y la democracia para la formación de un ciudadano integral y agente transformador de su historia, tanto individual como social.

Palabras claves: Educación filosófica y democrática, educación contable, contador público civil, universidad y división social del trabajo.

Abstract

The apathetic for the studying of the philosophy, the politics and the democracy in the university, and in the particular way in the accountancy has caused the tergiversation of the ideal of the education as axis of social cohesion, human development, culture, collective and individual identity, and of participation in the construction of a nation project, so that, it lets the student of the Public Accountancy resigns to the directions of the economical order and ignores his participation in the society as a civilian man, it is, as an autonomous, critical person and able to lead collective process that improve the opportunities of participation, inclusion and action of a community, letting improve the life conditions. From that, one set the necessity of the accountancy education that involves the philosophy and the democracy for the formation of a comprehensive citizen and changing actor of his history, both individually and socially.

Key words: Philosophical and democratic education, accounting education, civilian accountant, university and social division of the work.

EDUCACIÓN FILOSÓFICA Y DEMOCRÁTICA: UNA PERSPECTIVA HUMANA PARA LA FORMACIÓN DE UN CONTADOR PÚBLICO CIVIL

Tomar en serio la vida, el arte y el pensamiento es ya una manera de oponerse a la tendencia dominante de nuestra civilización.

Estanislao Zuleta

“La Maga”

Introducción

Abordar una discusión en torno a la universidad y a la educación contable que supere el coro cansado y marcado por las ideologías radicales y ortodoxas que se han perpetuado a través de la violencia y el terror, obliga a trasgredir los planos de una democracia de dictaduras y visiones estrechas, para que sea en la racionalidad, la disidencia, la discrepancia, la creación y la angustia por el derrumbamiento de certezas sobre lo que se es y lo que se ha dado por verdadero, donde se dé lugar a la problematización y al diálogo de apertura crítica sobre la misión de la universidad, de formar seres librepensadores, dueños de sí mismos, con sentido común e identidad propia, la cual se debería estar cumpliendo y estar a la altura de la situación social y política del país, es decir, debe ser capaz de brindar espacios y herramientas que ayuden a la solución y transformación estructural de los conflictos y problemáticas que afectan a la sociedad, a través del conocimiento y la investigación con sentido ético y humano.

La universidad, quien encara la ardua tarea de responder a las necesidades de la sociedad y ser un laboratorio de pensamiento donde se tracen soluciones a los problemas de violencia, pobreza extrema, inseguridad alimentaria, desigualdad social, discriminación de género, entre otros, debe ser el lugar de cara a la sociedad y al ciudadano de a pie, de modo que se problematicen los comportamientos culturales y sociales, ahondando en el por qué, para que la miseria galopante, el terror que le arrebató la vida a “los nadies”¹ y la violencia metida hasta en el saco de un niño de 5 años, no pase invisible ante los ojos de quienes, tienen el conocimiento y cierto grado de comprensión del mundo.

¿Cómo entender la relación y la constitución de sujetos colombianos que crecen en medio de la marginalidad y que aspiran a salir de ella? ¿Cómo entender el comportamiento de gerentes y hombres de empresas que no entienden el conflicto y la exigencia ética que implica dirigir una empresa capitalista? ¿Cómo explicar y entender la relación de los hombres, mujeres, niños y niñas que llegan o crecen en ciudades teledirigidas por los mass media que divulgan, por un lado, el espíritu del capitalismo (progreso, pensar-vivir confortable y el consumo per se), y por el otro lado, el estado de barbarie del conflicto colombiano y las innumerables prácticas de violencia humana? (Rojas, 2008, p. 263).

Es inminente el compromiso social y político que debe prevalecer sobre las demandas mercantiles; la universidad de puertas abiertas sobre la torre de marfil; el sabio humano sobre la máquina especializada; la democracia sobre conservadurismos roídos por la univocidad; el pensamiento, el arte y la filosofía sobre la rentabilidad.

¹ Para contextualizar la expresión, remitirse al texto del escritor uruguayo Eduardo Galeano “El libro de los abrazos”.

Por su parte, la educación y el papel del contador público en la sociedad, requieren ser repensados y replanteados desde una mirada crítica, democrática y filosófica, que permita la formación de un nuevo contador público como ser humano social y como un individuo capaz de salir de sí mismo, comprometido con un proyecto común, que dignifique y amplíe las posibilidades de los derechos humanos de una comunidad. De ahí que, una educación técnica, cuya única finalidad es dotar al estudiante de habilidades y capacidades que tienen aceptación y son requeridas en los puestos de trabajo, donde el contador público queda polarizado en un bunker, en el que no se reconoce a sí mismo, donde no tiene consciencia del entorno, solamente obedece a los deseos de la maquinaria capitalista, es una formación de bárbaros anacrónicos, domesticados, sin ninguna capacidad de criterio propio.

El interés del presente ensayo, es asumir una perspectiva humana para la formación del contador público, a través de la configuración de una educación en constante interacción con los cambios que sufre tanto el país como el mundo, de ahí que, una educación filosófica y democrática es elemento esencial para la apertura y el fortalecimiento de espacios públicos que den lugar al debate signado por la razón, la deliberación colectiva, la construcción de un ideal político y el reconocimiento mutuo, posibilitando una participación heterogénea e incluyente, donde se asuma de manera responsable un compromiso con el destino social y político del país.

En esta dirección, se apela por un contador público civil, entendiéndose éste como un ciudadano activo en las deliberaciones colectivas sobre lo que concierne al destino de la sociedad; está vinculado con las organizaciones sociales para propiciar, a través de la unión mancomunada, escenarios para la participación, el diálogo y la opinión pública autónoma, libre y responsable, orientados hacia el bien común, el respeto por la dignidad humana, la solidaridad y la preservación de la vida.

Este ensayo comprende la educación como punto de partida, donde se da lugar a la discusión sobre la pertinencia de los procesos educativos y universitarios que hoy hacen carrera en la sociedad; luego se desarrolla la relación entre la educación contable y las lógicas del mercado, así como se plantea la importancia de la filosofía y la democracia en la formación de un contador público civil, y por último permite unas conclusiones que posibilitan futuros debates sobre el particular.

La educación como punto de partida

Es un lugar común, afirmar que la educación es motor de progreso y desarrollo de toda sociedad civil² que propenda por la búsqueda de cultura, esto es, identidad en la que los ciudadanos se reconocen en medio de sus diferencias, en lo que es singular a cada uno; es el espacio, no sólo de creación material sino también de lazos comunes, y además, que se encamine por la democracia, como conjunto de posibilidades que permiten la participación, el debate y la pluralidad, como también, la capacidad de encarar conflictos y fortalecerse, no a pesar de ellos, sino en ellos.

Es decir que la educación sigue siendo una de las claves imprescindibles para la comprensión del desarrollo. Podría decirse que, en buena medida, lo que una comunidad es como sociedad, es resultado de la escuela que como sociedad se construye. La educación no sólo es el reflejo de la sociedad misma; sino que es, además, el escenario para la construcción de esa otra sociedad que se hace en la medida en que va siendo; es decir, sólo se construye una educación libertaria y una sociedad libre, en la medida en que la educación, tanto como la sociedad, permitan

² Podría entenderse tal concepto como un espacio plural que posibilita la autonomía individual y la integración social, conformada por sujetos libres y responsables en permanente comunicación y deliberación. Es el escenario de la cultura del discurso y la opinión pública en el que se confrontan los disensos y se aprende a respetar a quien disiente (Del Basto, 2011).

hacer actividades que recreen y potencien el pensamiento de seres libres. (Muñoz y Sarmiento, 2010, p.167).

En ese orden de ideas, la educación como escenario de desarrollo y de vínculos de seres humanos civilizados, genuinos, libres y con posibilidades concretas, encierra múltiples realidades y diversas maneras de ver el mundo, partiendo siempre de un denominador común: la razón y la complejidad.

Cabe señalar un aspecto importante, y es que la razón nos hace humanos, nos hace iguales ante el otro, permite el diálogo y la confrontación. La razón debe ser el instrumento ideal para preservar la vida, no para crear campos de concentración ni guetos, ni cometer genocidios. La razón humana debe estar en función de mejorar y ampliar las condiciones de existencia, el respeto por el otro, la capacidad de enjuiciamiento del entorno y el estar en una búsqueda constante de identidad, de mejores espacios para habitar y desarrollar la vida humana. Afirma Zuleta (2006) que, “(...) todo hombre racional es un hombre desadaptado, porque es un hombre que pregunta. Por el contrario, el hombre adaptado es un hombre que obedece”. (p.25). La racionalidad apela por mentes libertarias, espíritus singulares y rebeldes, seres extraños y disidentes en un mundo líquido,³ de masas y de códigos de barras.

Ahora bien, ¿qué hay de la universidad? La universidad entendida como el espacio –no el único- para formar sujetos situados en una realidad histórica, social y política, capaces de incidir en ella y transformarla, buscando el bienestar general y anteponiendo intereses comunes sobre particulares, es uno de los puntos fundamentales que tiene este ensayo como eje problematizador. La universidad entonces, debe propender por formar seres humanos signados por una identidad y una racionalidad emancipadora que comprende la participación *sine qua non* de la filosofía y de la política. La universidad está comprometida con el desarrollo y el fortalecimiento de la ciudadanía para la democracia, a través la formación humanística, en la que se reconoce la capacidad potenciadora de asumir una posición crítica y autónoma del mundo.

Indudablemente, la universidad se sitúa en la sociedad como sinónimo de civilidad, cultura y desarrollo humano. Es la proyección de la clase de personas que habitarán y harán parte de una comunidad. Es el espejo de una sociedad, a la vez, que representa la certidumbre y un ascensor social. De ese modo, si la universidad forma mal a quienes asisten a ella, la sociedad entonces será un conjunto de personas amorfas, es decir, entes embebidos en sí mismos, sin ningún compromiso social y político; absortos mirando su propio reflejo en el estanque, aunque esté podrido; sumisos y atomizados, sin ninguna capacidad de indagación; arrojados ahí, donde nada importa, nada es su problema. De ahí que, “(...) la universidad es el filtro para tanto aire viciado, la irrigación de la sangre derramada, la voz de la justicia, el corazón para la libertad, el amor por la verdad que transforma y crea vínculos nuevos”. (Vásquez, 2010, p.17).

La universidad es un campo de combate⁴ que tiene como punta de lanza el pensamiento, la racionalidad, el saber, la imaginación y la creatividad, para la construcción de diversos mundos, a partir de múltiples realidades, aquéllas que albergan lo cotidiano y la experiencia de cada individuo con el mundo. En otras palabras, la diversidad, el diálogo entre disciplinas y la multiplicidad de miradas y pensamientos, hacen de la universidad una caja de Pandora que libera los conocimientos que rompen con dogmas y certezas; la duda, lo incomprensible, lo inasible, lo que atormenta, lo innominado, se cierne magistralmente para no parar de estar cuestionando, para estar siempre al borde del abismo de lo maravilloso que inquieta y arrincona hasta desesperar, para ir a la caza, a la búsqueda de nuevos horizontes que alienten la vida y vuelven más compleja y rica la condición humana.

³ Véase “Modernidad líquida” de Zygmunt Bauman.

⁴ Paráfrasis “la educación es un campo de combate” de Estanislao Zuleta, quien manifiesta que combatir en el sentido de que mientras más se busque la posibilidad de una realización humana más se estorba al sistema.

A todas luces, se reconoce que la universidad, anteriormente mencionada, no pertenece a este tiempo, ésta hoy, hace parte de la fórmula económica y de las políticas de los gobernantes de turno; es el instrumento del PIB (producto interno bruto), de ahí, que se trata de abolir aquello que no es productivo, para implantar carreras con contenidos específicos que sirvan a la lógica económica. Se habla, entonces de lo que es práctico, útil, es decir, rentable.

Distraídos por la búsqueda de la riqueza, nos inclinamos cada vez más por esperar de nuestras escuelas que formen personas aptas para generar renta en lugar de ciudadanos reflexivos. Bajo la presión de reducir gastos, recortamos precisamente esas partes de todo emprendimiento educativo que resultan fundamentales para conservar la salud de nuestra sociedad. (Nussbaum, 2010, p.187).

La prevalencia de la instrumentalización y el tecnicismo sobre la educación filosófica, entendida ésta como la anteposición de la formación a la información, y, el pensamiento a la asimilación pasiva de datos (Zuleta, 2006); conlleva a la automatización, alienación y empobrecimiento de la condición humana, a la vez que anula el carácter de sujeto histórico y político, se reduce al estudiante a la categoría de elemento, de una ficha que debe ajustarse al engranaje del sistema, sabio especializado centrado en su disciplina y ajeno al entorno, una máquina muy eficiente que se comercia en el mercado laboral. Es así como, “(...) el estudiante ya no es pensado como sujeto en formación, sino que entra en el mercado en la condición de sujeto consumidor de un bien más”. (Vélez, 2010, p.54).

El hecho de que las humanidades y las artes se menosprecien y se anulen cada día más de los programas o se asignen a éstos como simple ornamento, obedece en principio, a que éstas no son demandadas comercialmente, no generan impacto económico, no le son útiles a las empresas y representan para el Estado, un gasto innecesario; por otro lado, curiosamente constituyen una amenaza para el sistema porque hacen pensar, enjuiciar lo establecido, formar personas desadaptadas, rebeldes y autocríticas, y este tipo de sujetos son indeseables para el orden establecido.

La vida y el mismo ser humano, quedan supeditados a la estructura mercantilista. Desde lo que deben estudiar hasta lo que deben desear se subasta en los centros comerciales y en las calles de la ciudad. Quizás el desencanto y el abandono del siglo pasado, siguen instalándose en algunas personas que se resisten a doblegarse ante el estado de cosas y tornan ese aburrimiento en su bastón más resistente; bastón llamado Baudelaire, Kafka, Beckett o como muchos otros, que con un puñado de tedio en el alma, sintieron, soñaron y recrearon la vida a cada instante. Este es el tipo de personas que aún lanzan un hálito de esperanza entre los vestigios de una educación apolillada y conservadora.

Apostar por las humanidades y las artes, es apelar por una visión, en la que el mundo se analiza desde su complejidad, donde las relaciones que se establecen con las personas, no son de dominación o uso, sino de hermandad y cooperación. Es la aproximación a un ciudadano que respira en el “ágora”, no porque posee un título, sino porque es un ser humano. Nussbaum, así lo afirma,

Si no insistimos en la importancia fundamental de las artes y las humanidades, éstas desaparecerán, porque no sirven para ganar dinero. Sólo sirven para algo mucho más valioso: para formar un mundo en el que valga la pena vivir, con personas capaces de ver a los otros seres humanos como entidades en sí mismas, merecedoras de respeto y empatía, que tienen sus propios pensamientos y sentimientos, y también con naciones capaces de superar el miedo y la desconfianza en pro de un debate signado por la razón y la comprensión. (2010, p.189).

Es por lo anterior, que se evidencia la necesidad del redireccionamiento del proyecto misional de la universidad, es decir, su quehacer de formar sujetos, generar conocimiento y la participación en el desarrollo de una sociedad democrática libre,⁵ desde la disposición flexible, humanística y potencializadora de los programas académicos, permitiendo que éstos integren su esencia científica y rigurosidad con los procesos sociales y políticos, con las necesidades de la sociedad y con el fortalecimiento de una capacidad discursiva crítica, de sentido de lo humano, de una racionalidad sensible y de una fuerza creadora que exceda los límites trazados por el mercado, la sociedad de consumo y los estilos de vida que abogan por la ligereza, el menosprecio del pensamiento y la trivialidad con que es asumida la existencia.

Por otra parte, es fundamental que en la universidad se lleven a cabo procesos de participación, deliberación e interacción entre docentes, investigadores y estudiantes, en los que se vuelva perentorio la construcción de una ideología fuera de todo encasillamiento y presunción de verdad inamovible, pero que también sea para el encuentro con la palabra y con esa otra persona, que aunque con formas distintas de pensar, enriquece y alimenta la pluralidad y la multiplicidad, que es donde se reafirma la vida, en la singularidad de cada individuo.

En torno a la educación contable

Concebir la educación contable como un hecho acabado y que no amerita problematizarse, supone de entrada, por un lado, la aceptación de una incipiente, deformada y precaria situación que encierra la universidad y la formación del contador público; y por otro lado, el desconocimiento e indiferencia ante la necesidad de replantear el papel de la educación con miras a la solución y enfrentamiento de los retos que impone el vertiginoso mundo de hoy, y no se trata solamente de abastecer los requerimientos de un mercado o incrementar la eficiencia y reducir los costos para obtener un máximo beneficio, sino, y quizás sea por lo que primero deba propenderse, asumir la responsabilidad social y política dentro de una comunidad y como ciudadanos del mundo, capaces de construir país, crear cultura, ampliar las posibilidades de participación y acción, de mantener la vida y la dignidad humana.

Si se parte de reconocer “(...) que la contabilidad ha sido históricamente considerada y construida como una técnica de registro, y que su desarrollo teórico es muy reciente en comparación con la aparición de las primeras formas e instrumentos de registro contable” (Muñoz y Sarmiento, 2010, p. 172)., y que esta concepción se ha reproducido y perpetuado en la universidad, alimentada además, por intereses económicos y políticos y por las exigencias de las estructuras mercantilistas, de lo que se deriva una eminente crisis que ronda la universidad, la educación contable y la sociedad misma.

Dentro del capitalismo, la educación contable es una mercancía a la que se debe sacar el mayor provecho, una mercancía que se encarga de reproducir y mantener el sistema económico, ya que desarrolla, en materia de conocimiento y producción técnica, lo que le circunscribe el sistema, además de la calificación de fuerza de trabajo. Es así como,

(...) la “productividad” del sistema escolar que refiriéndose exclusivamente a su *racionalidad formal y externa*, reduce el sistema de sus funciones a una de ellas, asimismo sometida a una abstracción reductora: la medida tecnocrática del rendimiento escolar supone el modelo empobrecido de un sistema que, no conociendo otros fines que los que le adjudica el sistema económico, respondería óptimamente en cantidad y en calidad, y al menor coste, a la demanda técnica de

⁵ “Generalmente se dice (...) que democracia es libertad. Pero libertad es posibilidad. Uno no tiene las libertades porque están escritas en alguna parte, por hacer aquello que la ley no le prohíbe. Es todavía necesaria una cosa: *que no se lo prohíba la vida*. (...) Y entonces nos podremos poner a luchar por una apertura democrática que no pueda existir sin participación popular” (Zuleta, 1992, p. 188-189).

educación, es decir, a las necesidades del mercado de trabajo. (Bourdieu y Passeron, 1995, p. 232).

La división capitalista del trabajo orienta los fines de la educación, al mismo tiempo que la convierte en un instrumento para cumplir los requerimientos mercantiles. En esta división,

Está bastante desarrollada la separación entre el trabajo intelectual y el físico. (...) las potencias intelectuales del proceso material de la producción las contraponen como propiedad ajena y poder que las domina. En tal relación de producción la educación no podría considerarse como una inversión económica, sino como algo necesario para compensar un estado de cosas indeseables. (Levitas, 1978, p. 140).

De este modo, se vuelve prioridad la formación por competencias, exclusivamente para el hacer, es decir, para el trabajo y para la especialidad en un objeto o campo en particular. La formación por competencias supone la adquisición de habilidades y técnicas para el hacer, no para el pensar, donde no se logra integrar la función particular con el conjunto, es decir, no se sabe lo que se hace ni para qué, y no se conoce el resto del proceso. Se forma para manejar la máquina pero no para crearla. La creatividad, la imaginación, la iniciativa, la otredad están vedados y menospreciados por la educación funcional⁶. Se educa en términos de rentabilidad, en ese sentido, es productivo un autómatas que no se rebele, que acepte sumisamente todo lo que el progreso, la sociedad del espectáculo⁷ y del consumismo le ofrecen. De ahí, que:

Es necesario producir una persona que sepa y no piense, que aprenda a reducir su enfoque, que acepte humanamente que su trabajo, después de tantos años de aprendizaje, no tiene como su meta principal un efecto social útil allí donde es más necesario, sino una demanda económica. (...) Para formar una persona que no valore mucho su saber, sino los efectos económicos que de él puede derivar, es necesario crear una institución especializada. (Zuleta, 2006, p. 117).

Por su parte, la producción de especialistas, quienes atomizados en su saber, ignoran por completo lo que ocurre fuera de él, pruritos en su campo y guardados como bóvedas "(...) es como si los sabios se creyeran doblemente sabios por no hacer nada con su ciencia" (Bourdieu, 2002, p.152). Entes expertos que no se involucran en un proyecto político, sin ningún tipo de compromiso con la sociedad, sólo le sirven a la tecnocracia. Producen conocimiento científico, no para la solución de los problemas que afectan al grueso de la sociedad, sino para efectos particulares, para el orbe capitalista. Manifiesta Zuleta (2006) que el capitalismo pone a su servicio el desarrollo de la ciencia, así las investigaciones y avances se hacen más en el desarrollo militar e industrial, que en el desarrollo de la medicina, por ejemplo.

En ese orden de ideas, la educación contable no se aleja a lo planteado por Zuleta, donde cada vez más los contables se preocupan por la cifra, el dato, las sumas iguales, que por su aporte comprometido y crítico a una sociedad mejor.

Por la vía de la filosofía y la democracia

Al desalentador panorama de la educación contable hay que agregarle la disyuntiva con la filosofía, la democracia y la ciudadanía como derivación de la lógica del ordenamiento social y económico. Cabría preguntarse ¿por qué no se enseña a filosofar? O mejor ¿cuál en la importancia de la filosofía en la construcción de la democracia? ¿formar tuercas que se adapten al *statu quo* o sujetos políticos, seres humanos aventureros, complejos, que vayan en contra del orden establecido?

⁶ Revisar el texto "Educación y sociología" de Emile Durkheim.

⁷ Al respecto ver Gilles Deleuze, "Posdata sobre las sociedades de control".

Esta problemática no es inmune a la formación del contador público, al contrario, es quizás mucho más compleja si se tiene en cuenta que la concepción misma de la contabilidad es técnica e instrumental, y el contador un tenedor de libros que desconoce la historia y la influencia de las ciencias sociales, así como también, los avances sociales y económicos que han permeado la disciplina.

Concebir una educación y en particular la contable sin filosofía, es ya una contradicción de términos. Entendida la filosofía como,

Proceso de análisis, si por análisis se entiende la tentativa de apoderarse del sentido de una palabra, de una idea, un concepto, una experiencia; es el proceso de formulación de preguntas llenas de sentido y de búsqueda de respuestas inteligentes a las mismas, que (...) se refieren primordialmente a la naturaleza de la realidad, los criterios de conocimiento y los problemas de valor. (Brauner y Burns, 1969, p. 48).

Partiendo de esta definición, la filosofía es pensar, inquietarse, investigar, mirar más allá de lo que ofrece una apariencia; es la capacidad de comprensión, de lograr una interrelación con el mundo y con el otro.

Una educación contable filosófica supone la formación y la acentuación en el pensamiento, esto es, no una cantidad de información que deba memorizarse, para adiestrar y dotar al sujeto de herramientas que desplegará en un hecho en particular, sin concebirlo en su conjunto, sino la construcción de seres humanos racionales, críticos, ciudadanos abiertos al mundo, universales, libres, conscientes y transformadores de su entorno. Además, propender por una educación contable filosófica, supone resignificar el papel civil del contador público y su proyección social, es ubicarlo en un contexto complejo, problemático, de la búsqueda de sentido, de creación de cultura, de desarrollo humano, de la convivencia entre la diferencia y el respeto por el otro, esto es, encaminarse por una concepción de democracia participativa en la construcción de país.

En ese orden de ideas, se deduce que una educación filosófica está ligada con la democracia y la formación de ciudadanos, porque en la racionalidad, como eje fundamental de la filosofía, los seres humanos son iguales, pero respetando la singularidad y rareza de cada individuo. Iguales en el sentido de que como animales sociales, se es parte de un proyecto común y se propende por el bien de todos, por la justicia, la igualdad económica, la equidad, el respeto por los derechos humanos, la libre participación y el mejoramiento de las condiciones de vida.

La democracia es un asunto de ciudadanía, derechos y representación más participación. (...) Como ejercicio de ciudadanía debe haber coherencia en el ejercicio democrático en la sociedad mayor y su ejercicio en las instituciones sociales, entre ellas la universidad. (...) es también un conjunto de prácticas que posibilitan la participación y la conformación de los espacios del pluralismo y en el respeto por el otro, por la minoría y la disidencia. (Vélez, 2010, p. 55).

Abordar la democracia como reducto de la dictadura de las mayorías, de la igualdad en términos de pensamiento o como la armonía y la marcha al unísono de una comunidad, de lo decretado en la carta constitucional o de la sola existencia de los derechos,⁸ es concebir una democracia del terror, fácil y como la forma menos peor de gobierno, donde se le representa en una figura paternalista y subsidiaria de libertades sin ley. La democracia como un campo de combate

⁸“Los derechos son importantes, pero la democracia consiste en algo más, que tiene que ver con las posibilidades efectivas de realización de esos derechos. El derecho fundamental es el derecho a diferir, a ser diferente. Cuando uno no tiene más que el derecho a ser igual, eso todavía no es un derecho”. (Zuleta, 2008, p. 38).

complejo que debe ser recreado y reconstruido en la diferencia, el pluralismo, la divergencia, la angustia que depara pensar y ser dueño de sí mismo, de acarrear con propósitos comunes, debe también resignificarse en la participación y en la apertura de una sociedad a la creación de cultura.

Para que el pueblo pueda ser creador de la cultura es necesario que tenga una vida en común. Cuando se dispersa, se atomiza, cuando cada uno vive su miseria en su propio rincón, sin colaboración, sin una empresa y un trabajo comunes, entonces pierde la posibilidad de crear cultura. (Zuleta, 2008, p. 39).

Sin lugar a dudas, la responsabilidad de la educación y de la universidad debe orientarse a la formación de ciudadanos con prioridades y funciones colectivas, antes que con fines utilitarios y de demandas laborales, “(...) para contribuir a la construcción de la democracia participativa con la intervención activa y responsable de sujetos comprometidos con el conocimiento para el progreso, para el desarrollo y para la inclusión social” (Del Basto, 2011, p. 102).

Pensar un contador público civil es remitirse a la concepción de un ser humano social en el mundo, racional, autónomo, que se desarrolle según sus posibilidades, es decir, dentro de la ley. Un sujeto con una visión aguda del mundo y de su contexto nacional, capaz de vincular su saber con los proyectos de la nación. De este modo,

Habrà que evitar que la formación de los contables se reduzca al adoctrinamiento ideológico y a la filiación nominalista, para permitir que emerja un ser comprometido con la interpretación de la realidad compleja de este tiempo, que actúe con criterio propio en su ejercicio profesional desde las más sencillas decisiones de representación y comunicación. (Muñoz y Sarmiento, 2010, p.179).

Concebir una educación que apunte a la formación de un contador público civil, requiere una transformación problemática en los conceptos y fines de la educación contable, una revolución pedagógica, es decir, una apuesta que no esté sometida a currículos que encasillen el pensamiento en meros temas reduccionistas y prácticos, tampoco se trata de poner en el pensum materias que atiborren los tableros y cuadernos de fórmulas y recetas de cómo ser ciudadanos y de cómo leer el mundo. No, se trata de que la universidad permita construir comunidad académica, abierta al debate, a la cultura, a la formación de seres humanos para la vida y no de objetos para la prostitución en el mercado. Medina (2010), afirma que “(...) la universidad debe ser para la risa, para la alegría, para la fiesta del conocimiento y de la cultura, para la promiscuidad y la permanente copulación con el conocimiento y el saber”. (p. 31).

De este modo, la universidad debe ser un libro abierto que libere, en este caso, la imaginación, que le dé rienda suelta a la utopía y a la posibilidad de concebir otras realidades, otros mundos posibles; que los contadores públicos puedan tomar posición política e inmiscuirse en las deliberaciones sociales. No se trata de rezagos de viejas ideas de izquierda, se trata de luchar por una educación compleja que amerite un contador, pero ante todo un ciudadano insertado en la razón sensible para pensar y sentir mejor el destino común (Sanabria, 2010).

Ideas para concluir

Dentro del capitalismo todo se convierte en mercancía, así también la universidad y la educación contable entran en la ecuación financiera como instrumentos para elevar los índices de crecimiento económico. Fácilmente, la universidad de doblega ante el juego indiscriminado de la oferta y la demanda del mercado, cumpliendo así con el cometido de diseñar un molde a imagen y semejanza de los estereotipos que exige el empresario, es decir, una persona capaz de hacer más no de pensar, sumisa, que lo interesa preguntarse sobre los hechos sociales, políticos t económicos que trascienden al país, ni mucho menos sobre su porvenir; alguien absorto en su propia sombra, añorando comprar la felicidad en promoción y una vida confortable que no amerite mucho esfuerzo ni acarree problemas.

Es imperativa la necesidad de rediseñar el papel misional de la universidad, conquistar su autonomía y encausar su finalidad, en este caso, hacia la formación de contadores públicos ciudadanos comprometidos con el bien común, amantes del saber y aventureros en búsqueda de darle el mayor y más profundo sentido a existencia. De ahí que, se propone una educación contable filosófica y democrática, como perspectiva humana de donde emerja la posibilidad de concebir un contador público civil por la vía de la pluralidad, la participación popular y el debate. No es una tarea fácil, pero el inconformismo y la angustia que depara la no aceptación del estado de cosas, supone ya un avance para construir una utopía colectiva e intentar una y otra vez su realización. “Aún Di aún Sea dicho aún De algún modo aún Hasta en modo alguno aún [...] Todo de antes Nada más jamás Nunca probar Jamás fracasar Da igual Prueba otra vez Fracasa otra vez” (Beckett citado por Sanabria, 2010).

Referencia bibliográfica

- BAUMAN, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Buenos aires: Fondo de cultura económica.
- BOURDIEU, P. y PASSERON, J. (1995). *La reproducción*. México: Fontamara.
- BOURDIEU, P. (2002). *Pensamiento y acción*. Buenos aires: Libros del zorzal.
- BRAUNER, C. y BURNS, H. (1969). *Problemas de la educación y filosofía*. Buenos aires: Paidós.
- DEL BASTO, L. (2011). *Universidad y sociedad civil: dimensiones éticas y políticas de la educación*. Ibagué: Universidad del Tolima.
- DELEUZE, G. (1991). *Posdata sobre las sociedades de control*. Montevideo: Editorial norma.
- DURKHEIM, E. (2000). *Educación y sociología*. Barcelona: Ediciones península.
- GALEANO, E. (2001). *El libro de los abrazos*. Buenos aires: Siglo XXI editores.
- LEVITAS, M. (1978). *Marxismo y sociología de la educación*. Madrid: España editores.
- MEDINA, C. Et ál. (2010). Pensar la universidad ¿hay un horizonte ético-político de la universidad? *Cátedra pública Universidad de Antioquia*, 2010. 17-112.
- MUÑOZ, S. y SARMIENTO, H. (2010). La formación del sujeto político en la educación contable. Un reto para la universidad y una provocación para el pensamiento. *Teuken bidikay*, 2010, 01. 165-183.
- NUSSBAUM, M. (2010). *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz.
- ROJAS, W. (2008). Congoja por una educación contable fútil. *Contaduría Universidad de Antioquia*, 52, 263.
- ZULETA, E. (1992). *Ensayos selectos*. Medellín: Autores antioqueños.
- ZULETA, E. (2006). *Educación y democracia: un campo de combate*. Medellín: Hombre nuevo editores.

ZULETA, E. (2008). *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Medellín: Hombre nuevo editores.

Adversión